

semejantes es mejor que los príncipes mismos despachen sus asuntos.

RUST. Monseñor, me parece que oigo pasos.

ALF. Pues arrimémonos bien á la pared.

Se ocultan en el sitio más oscuro debajo del balcon. MAFEO, vestido para ir al convite, sale y llama á la puerta de casa de GENARO.

ESCENA II.

MAFEO y GENARO, ALFONSO y RUSTIGUELO escondidos.

MAF. Genaro! (Llamando.)

GENARO abre la puerta.

GEN. Eres tú? Quieres entrar?

MAF. No; solo vengo á decirte dos palabras. ¿Decididamente no vienes á cenar con nosotros en casa de la princesa Negroni?

GEN. No estoy convidado.

MAF. Yo te presentaré.

GEN. Tengo además otro motivo que no quiero ocultarte. Voy á salir en seguida de Ferrara.

MAF. Te vas de aquí?

GEN. Dentro de un cuarto de hora.

MAF. Por qué motivo?

GEN. Te lo diré en Venecia.

MAF. Es cuestion de amores?

GEN. Sí... cuestion de amores.

MAF. Te portas mal conmigo, Genaro; juramos no separarnos nunca, vivir siempre juntos y como hermanos, y te vas y me dejas aquí solo.

GEN. Vente conmigo.

MAF. Al contrario; vale mucho más pasar la noche cenando con hermosas mujeres y con alegres convidados, que galopando por el camino real y expuestos á encontrar ladrones y precipicios.

GEN. Esta mañana no tenias gran confianza en la princesa Negroni.

MAF. He adquirido noticias y sé que Jacobo tenia razon. Es una mujer alegre y encantadora y muy apasionada á la música y á los versos. Vamos, ven conmigo.

GEN. No puedo.

MAF. Haces mal en partir en noche tan oscura, en la que pueden asesinar te en el camino.

GEN. No tengas cuidado. Adios y diviértete mucho.

MAF. No sé por qué auguro mal de tu viaje.

GEN. Y yo no sé por qué auguro mal de tu banquete.

MAF. Si te sucediese alguna desgracia no estando yo...

GEN. ¿Quién sabe si no me reprocharé mañana haberte abandonado esta noche?

MAF. Lo mejor es que no nos separemos. Cedamos un poco cada uno. Ven conmigo esta noche al palacio de Negroni, y mañana, al rayar el dia, saldremos juntos de Ferrara. Convenido?

GEN. Será preciso que te refiera los motivos de mi súbita partida para que me des completamente la razon.

Se acerca mucho á MAFEO y le habla al oido.

RUST. (Bajo al duque.) (Le acometo?)

ALF. (Espera, veamos en qué pára esto.)

MAF. (Riendo despues de haber oido la relacion de GENARO.) Genaro, se están burlando de tí! En esa aventura no existe ni veneno ni contraveneno; todo es pura farsa. En el fondo yo solo veo que Lucrecia está enamorada de tí, y que te ha hecho creer que te salvaba la vida para que se lo agradezcas y para que la ames. El duque es un buen hombre, incapaz de envenenar ni de asesinar á nadie; además, de que sabe que te debe la vida de su padre. La duquesa quiere que te ausentes, pero eso no es extraño, porque en Venecia podreis veros con menos riesgo que en Ferrara; un marido siempre estorba algo. La cena de la princesa de Negroni debe ser deliciosísima, y es preciso que vengas. Qué diablo! Se debe raciocinar un poco y no exagerar nada. Porque en dos ó tres banquetes famosos los Borgias hayan envenenado con excelentes vinos á algunos de sus mejores amigos, no debemos dejar de asistir á las cenas; no debemos creer que en todas las botellas de Siracusa han echado sus filtros, y que todas las princesas de Italia sean Lucrecias Borgias. Vamos, Genaro, acompáñame al banquete.

GEN. En realidad, hay algo de bochornoso en huir de noche, como si tuviese miedo; y por otra parte, si hay peligro en quedarse en Ferrara, no debo abandonarte y no te abandonaré. Esto será correr un azar como otro cualquiera y debemos arrostrarle juntos. Me presentarás á la princesa Negroni. Voy contigo.

MAF. (Abrazándole.) ¡Eso se llama ser un buen amigo!

Se alejan en la plaza hasta el foro; DON ALFONSO y RUSTIGUELO salen de su escondite.

RUST. (Con la espada desnuda.) ¿Qué esperamos, monseñor? Son dos; acometed á uno y yo me encargo del otro.

ALF. No, Rustiguelo. Me he enterado

de que van á cenar en casa de la princesa Negroni y...

Se interrumpe, calla un instante y despues se echa á reir.

Pardiez! De este modo será mejor y más graciosa la aventura. Esperemos hasta mañana.

Entran en el palacio.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

Salon magnífico en el palacio de NEGRONI. A la derecha una puerta falsa. En el fondo otra grande y ancha de dos hojas. En el medio de la escena una mesa de comer, soberbiamente arreglada segun la moda del siglo XVI. Dos pajecillos negros, vestidos de brocado de oro, dan vueltas alrededor de la mesa.—Cuando se levanta el telon aparecen cenando catorce convidados, entre ellos JACOBO, ASCANIO, MAFEO, LUDOVICO, APÓSTOLO, GENARO y YUBETA, y siete hermosas damas lujosamente vestidas. Todos comen, beben y rien á carcajadas, menos GENARO, que está pensativo y silencioso.

ESCENA PRIMERA.

APÓSTOLO, MAFEO, ASCANIO, JACOBO, YUBETA, la princesa NEGRONI, LUDOVICO, GENARO, convidados y convidadas y pajes.

APÓST. Viva el vino de Jerez! Jerez de la Frontera es una ciudad que debia estar en el paraíso.

MAF. (Con la copa en la mano.) El vino que bebemos vale más que las historias que nos cuenta Jacobo.

ASC. A Jacobo le acomete la manía de referir historias cuando está gris.

APÓST. Así lo hizo en Venecia en el palacio del serenísimo dux Barbarigo, y así lo hace en Ferrara en casa de la divina princesa de Negroni.

JAC. Pero el otro dia relaté una historia lúgubre y hoy refiero una historia alegre.

MAF. La historia de D. Silíceo, caballero, buen mozo y de treinta años, que perdió su patrimonio en el juego y se casó con la opulenta marquesa Calpurnia, que ella misma confesaba haber cumplido cuarenta y ocho primaveras. Es caso alegre?

YUB. Es triste y comun; es la historia de un hombre arruinado, que se casa con las ruinas de una mujer; eso lo estamos viendo todos los dias.

De vez en cuando algunos de los convidados se levantan de la mesa y van á hablar con los de la otra parte, mientras que la orgia continúa.

TOMO III.

NEGRONI. (A MAFEO, señalándole á GENARO.) Conde Orsini, parece que esté muy triste el amigo que está á vuestro lado.

MAF. Siempre está así. Perdonadme, señora, que le haya traído á vuestro palacio sin que le hubiéseis invitado; es mi querido compañero de armas; me salvó la vida en el asalto de Rímimi, y yo recibí en el ataque del puente de Vicenzia un mandoble que iba destinado á él. No nos separamos nunca y vivimos juntos. Un gitano nos pronosticó que moriríamos el mismo dia.

NEG. (Riendo.) ¿No os dijo si moriríais de dia ó de noche?

MAF. Nos predijo que seria por la mañana.

NEG. (Riendo más fuerte.) Pues ese gitano no supo lo que se decia. ¿Queréis mucho á ese jóven?

MAF. Cuanto puede querer un hombre á otro.

NEG. Si no necesitais más que ese cariño, sereis muy dichoso.

MAF. La amistad no puede llenar todo el corazón.

NEG. ¿Que hay algo que llene todo el corazón?

MAF. El amor.

NEG. ¡Siempre teneis el amor en los labios!

MAF. Y vos en los ojos.

NEG. Sois muy singular!

MAF. Sois muy hermosa!

Cogiéndola por el talle.

NEG. Conde Orsini, dejadme.

MAF. Permitidme besar vuestra mano:

NEG. No, no.

Se le escapa.

YUB. (A MAFEO.) Parece que vais bien con la princesa.

MAF. Al contrario, siempre me dice que no.

YUB. En la boca de la mujer, no es hermano mayor de sí.

JAC. (Abordando á MAFEO.) ¿Qué te parece la princesa Negroni?

MAF. Que es una mujer adorable y que empieza á hacerme cosquillas en el corazón.

JAC. Y el banquete?

MAF. Que es una orgía completa.

JAC. La princesa es viuda.

MAF. Bien se conoce en su carácter alegre.

JAC. Creo que ya no desconfiarás de su cena...

MAF. De ningun modo; estaba yo loco.

JAC. (A YUBETA.) Conde de Belverana,

¿creeréis que Mafeo tenía miedo de venir á cenar á casa de la princesa?

YUB. Por qué tenía miedo?

JAC. Porque el palacio Negroni está pegado al de los Borgias.

YUB. ¡Vayan al diablo los Borgias y bebamos!

JAC. (En voz baja á MAFEO.) (Me complace que Belverana no pueda ver á los Borgias.)

MAF. (En efecto, está siempre maldiciéndolos, pero sin embargo...)

JAC. (Qué?)

MAF. (Estoy observando que ese buen español no ha bebido todavía más que agua.)

JAC. (Ya vuelves á sospechar? Tienes el vino muy monótono.)

MAF. (Quizás me equivoque; no haga caso de ello.)

JAC. (Bajo á MAFEO.) (Creo que no dudarás de que es español; lo menos tiene veinte nombres de pila.)

YUB. (Es preciso buscar un pretexto para que las damas salgan de aquí. No sé cómo conseguirlo.)

Vuelve á ocupar su asiento en la mesa.

LUD. (Bebiendo.) Os aseguro, señores, que no he pasado nunca una noche tan deliciosa. Probad este vino, señoras; es más dulce que el Lacrima-Christi y más ardiente que el vino de Chipre. Es vino de Siracusa.

YUB. (Parece que Ludovico está ébrio.)

LUD. Señoras, deseo recitaros unos versos que acabo de componer. Desearia ser un verdadero poeta para celebrar dignamente tan admirables festines.

YUB. Yo quisiera ser muy rico para dar á mis amigos banquetes como este.

LUD. Nada es tan agradable como cantar á una mujer hermosa y á una buena cena.

YUB. Como no sea abrazar á la primera y comerse la segunda.

LUD. Quisiera ser un gran poeta para remontarme hasta el cielo; quisiera tener alas...

YUB. Y yo dos alones de faisán en el plato.

LUD. Sin embargo, os recitaré un soneto.

YUB. Señor marqués, guardad el soneto para mejor ocasion y dejadnos beber en paz.

LUD. Me dispensais de recitarlo?

YUB. Como dispenso á los perros de que me muerdan.

LUD. ¡Vive Dios que me estais insultando!...

YUB. No os insulto, pero no tengo ganas de oír sonetos. Más apetece mi garganta un vaso de vino de Chipre que mis oídos una poesía.

LUD. Si seguís así, os arranco las orejas y os las clavo en los talónes.

YUB. Sois un hombre absurdo; no he visto nunca ningún zopenco que se embriague con vino de Siracusa y que parezca que se ha emborrachado con cerveza mala.

LUD. Si me seguís insultando, os voy á partir en cuatro pedazos.

YUB. Eso sí que yo no lo haré; no sé trinchar pajarracos como vos; ¿señora, queréis un poco de faisán?

LUD. (Apoderándose de un cuchillo.) ¡Vive Dios que voy á sacarle las tripas á ese bellaco, aunque sea más ilustre que el mismo emperador!

LAS DAMAS. (Levantándose de la mesa asustadas.) Cielos, van á batirse!

LOS CABALLEROS. Refrenaos, Ludovico.

Desarman á LUDOVICO, que quiere arrojar sobre YUBETA. Entre tanto las damas han desaparecido por la puerta lateral.

LUD. (Forcejeando.) Vive Dios!

YUB. Versificais tan bien, mi querido poeta, que habeis hecho huir á las damas.

JAC. Es verdad; ¿por qué se habrán ido?

MAF. Porque se asustaron.

ASC. Ya volverán.

LUD. Mañana nos veremos las caras, condesillo de Belverana.

YUB. Mañana ó cuando querais.

JAC. Basta, señores; pasemos la noche en paz, que mañana ya os dareis de estocadas si esto os place; mañana podreis reñir como caballeros, con la espada y no con el cuchillo.

ASC. A propósito, ¿qué ha sido de nuestras espadas?

APÓST. ¿Te has olvidado que nos las hicieron dejar en la antesala?

YUB. Y fué hábil precaucion, porque de otro modo nos hubiéramos batido delante de las damas, suceso que hubiera avergonzado hasta á los carreteros flamencos, que se emborrachan mascando tabaco.

GEN. Ha sido buena precaucion.

MAF. (¡Gracias á Dios que dices una palabra! Ni has hablado desde que principió la cena ni has bebido. Qué tienes? Estás pensando en Lucrecia Borgia? Por más que lo niegues, comprendo que estás enamorado de ella.)

GEN. Echame vino, Mafeo; ni en la

mesa ni en el juego abandono yo á mis amigos.

UN PAJE. (Con dos botellas en las manos.) Señores, ¿queréis vino de Chipre ó de Siracusa?

MAF. De Siracusa es mejor. (El paje llena todas las copas.)

JAC. Por Ludovico quizás las damas hayan resuelto no volver.

Se acerca sucesivamente á las dos puertas y las empuja.

Señores, nos han cerrado las puertas por fuera.

MAF. ¡Ahora os toca tener miedo á vos, Jacobo! Pero esto es muy sencillo; las han cerrado porque no quieren que las sigamos.

GEN. Bebamos, señores!

Chocan las copas unas con otras.

MAF. A tu salud, Genaro! ¡Para que encuentres pronto á tu madre!

GEN. Dios te oiga!

Todos beben, excepto YUBETA, que echa el vino al suelo.

MAF. (Bajo á JACOBO.) (Ahora lo he visto bien.)

JAC. (Qué has visto?)

MAF. (Que el español no ha bebido y que ha echado en tierra el vino.)

JAC. (Está borracho y tú tambien.)

MAF. (Es posible.)

YUB. Una cancion para hacer boca, señores. El vino requiere música. Os voy á cantar una cancion que valdrá más que el soneto de Ludovico. Se dirige á San Pedro, célebre portero del paraíso, y encierra la idea delicada de que el cielo pertenece á los bebedores.

JAC. (A MAFEO.) (El sí que está borracho.)

TODOS. Que cante, que cante!

YUB. (Cantando.)

Abre, San Pedro, la puerta al pertinaz bebedor, que quiere entrar en el cielo á cantar con plena voz:
Gloria al Señor!

TODOS. (Menos GENARO.)

Gloria al Señor!

YUB. Abre, San Pedro, la puerta al chistoso capiscol, que os alegrará cantando hasta arrojar el pulmon:
Gloria al Señor!

TODOS. Gloria al Señor!

Chocan las copas riendo á carcajadas. De repente se oyen de lejos voces lejanas que cantan con tono lúgubre.

VOCES. (Fuera.) *Sanctum et terribile nomen ejus. Initium sapientiae timor Domini.*

JAC. (Riendo.) Mientras entonamos canciones alegres, el eco nos responde cantando visperas.

TODOS. Escuchemos.

VOCES. (Fuera y acercándose.) *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

Todos se echan á reír.

JAC. Eso es canto llano puro.

MAF. Alguna procesion que pasará por la calle.

GEN. A media noche?

JAC. Seguid cantando, conde de Belverana.

VOCES. (Fuera y cada vez más cerca.) *Oculos habent, et non videbunt; nares habent, et non odorabunt; aures habent, et non audient.*

Todos vuelven á reír.

JAC. ¡Si se burlarán esos monjes de nosotros!

MAF. Mira, Genaro, cómo las lámparas se apagan; vamos á quedarnos á oscuras.

Las luces se amortiguan efectivamente como si les faltase aceite.

VOCES. (Más cerca.) *Manus habent, et non palpabunt; pedes habent, et non ambulabunt; non clamabunt in gutture suo.*

GEN. Parece que las voces se acercan.

JAC. Parece que la procesion pasa por debajo de las ventanas.

ASC. Será algun entierro.

MAF. Pues bebamos á la salud del que van á enterrar.

YUB. ¿Qué sabeis si será uno ó muchos?

JAC. Pues á la salud de todos.

APÓST. Bebamos y continuemos invocando á San Pedro.

YUB. Sigo cantando. (Canta.)

Si los santos en el cielo tienen al mosto aficion, deben beber al compás del canto del bebedor:
Gloria al Señor!

TODOS. (Chocando las copas y riendo.)

Gloria al Señor!...

La puerta grande del fondo se abre silenciosamente y deja ver un espacioso salon tapizado de negro, alumbrado por hachas y con una cruz de plata en el fondo. Una larga fila de penitentes blancos y negros, á los que solo se ven los ojos por los agujeros de la caperuzas y con hachas en las manos, entran por la puerta grande cantando con tono lúgubre y en alta voz:

De profundis clamavi ad te, Domine.

En seguida se colocan á los dos lados del teatro, donde permanecen inmóviles como estatuas; los jóvenes los miran con estupor.

MAF. Qué significa esto?

JAC. (Afectando reírse.) Esto debe ser una broma. Apuesto cualquier cosa á que son las condesas que han cenado con nosotros que se disfrazan de ese modo para asustarnos. Voy á probarlo.

Riendo levanta á uno de los penitentes el capuchon, y al ver el rostro lívido del disciplinante, le vuelve á dejar caer la capucha y retrocede asustado.

Esto es sorprendente!
MAF. No sé por qué la sangre se me cuaja en las venas.

LOS PENITENTES. (Con voz terrible.) *Conquassabit capita interra multorum.*

JAC. Esto es un horrible lazo! ¡Venga la espada, que nos hemos metido en el infierno!

ESCENA II.

Dichos y LUCRECIA.

LUCRECIA, vestida de negro, aparece de repente en el umbral de la puerta.

LUC. Estais en mi casa!

TODOS. Lucrecia Borgia!

Esta exclamacion la lanzan todos menos GENARO, que está en un rincón del teatro, donde LUCRECIA no le vé.

LUC. Hace pocos dias los que estais aquí pronunciábais mi nombre con desprecio, y hoy lo pronunciáis con espanto. Motivo teneis para mirarme con ojos desencajados. Soy yo, señores, que vengo á noticiaros que estais todos envenenados y que apenas os queda una hora de vida. Es inútil que deis el menor paso, porque el aposento contiguo está lleno de lanzas. Ahora me toca á mí levantar la voz y aplastaros. Jacobo Liberto, vé á acompañar á tu tío Viteli, á quien hice matar á puñaladas en los subterráneos del Vaticano. Ascanio Petrucci, vé á juntarte con tu primo Pandolfo, al que asesiné por robarle su feudo. Ludovico Vitelozo, tu tío te espera. Mafeo Orsini, vete á murmurar de mí en el otro mundo con tu hermano Gravina. Apóstolo Gacella, vé á juntarte con tu padre Francisco y con tu primo Alfonso de Aragon. Creo que ya he solventado mi deuda: me disteis un baile en Venecia y os pago dándoos una cena en Ferrara. Fiesta por fiesta.

JAC. Terrible despertar, Mafeo!

MAF. ¡Hora es ya de pensar en Dios, Jacobo!

LUC. (A los penitentes.) Hermanos, acompañad á esos gentiles-hombres á la sala inmediata, en donde encontrarán los auxilios espirituales que necesitan en esta ocasión, y que aprovechen los pocos instantes que les quedan. Vosotros, señores, dejaos guiar por ellos, que son monges regulares de San Sixto, antigua cofradía de agonizantes que ayuda á bien morir. No solo he cuidado de vuestras almas, sino que tambien he atendido al decoro de vuestros cuerpos. Volved la vista y lo vereis.

Los penitentes se apartan y dejan ver cinco ataúdes, cubierto cada uno con un paño negro.

Vuestros cinco ataúdes están prevenidos. Destrozásteis las entrañas de una desgraciada mujer y creísteis que ésta no se vengaria; pues ahí teneis los sitios donde os vá á encerrar, Jacobo, Mafeo, Ludovico, Apóstolo y Ascanio.

GEN. (Saliendo del rincón y aproximándose á LUCRECIA.) Falta un ataúd, señora.

LUC. (Sorprendida.) Cielos!

GEN. El del capitán Genaro.

LUC. ¡Salid todos de aquí, dejadnos solos! Yubeta, suceda lo que suceda, aunque oigais ruido en este aposento, que nadie entre aquí.

YUB. Nadie entrará.

Los monges salen procesionalmente, llevando entre sus dos filas á los cinco gentiles-hombres.

ESCENA III.

GENARO y LUCRECIA.

Solo alumbra la escena la escasa luz de alguna lámpara que está apagándose. Las puertas han vuelto á cerrarse. LUCRECIA y GENARO, solos, se miran algun tiempo de reojo sin atrever á hablarse, como si no supieran por dónde empezar. Los monges cantan fuera.

Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam.

LUC. ¡Otra vez, Genaro, te presentas cuando voy á descargar un golpe! ¿Cómo es que estás aquí?

GEN. Porque el corazón me anunciaba una catástrofe.

LUC. Estás envenenado por segunda vez y vas á morir.

GEN. Si quiero, porque tengo aquí el contraveneno.

LUC. ¡Loado sea Dios!

GEN. Todo dependerá de lo que me contesteis á esta pregunta: ¿Habrás suficiente elixir en esta redoma para salvar la vida á los cinco gentiles-hombres que acaban de salir de aquí?

LUC. Apenas hay bastante para salvar la tuya.

GEN. ¿No podeis facilitarme más cantidad de contraveneno?

LUC. Te dí la que me quedaba.

GEN. Está bien.

LUC. Apresúrate, Genaro, á tomarse el contraveneno, ya que has cometido la imprudencia de venir aquí. Asegura la vida, que yo te haré salir luego por una puerta secreta y todo podrá remediarse aun. Es de noche, se ensilla un caballo pronto, y mañana puedes estar lejos de Ferrara. Es preciso que te salves y que vivas.

GEN. (Tomando un cuchillo de la mesa.) Preparaos, señora, á morir.

LUC. Qué es lo que dices!

GEN. Digo que habeis envenenado infamemente á mis mejores amigos, entre ellos á Mafeo Orsini, á quien debo yo vengar como él me vengaria. Digo y repito que vais á morir.

LUC. Dios mío!

GEN. Rogadle que os perdone, pero pronto, que estoy envenenado y no puedo esperar mucho tiempo.

LUC. ¡No es posible que me mate Genaro!

GEN. Pues lo será, señora.

LUC. Te digo que es imposible. Jámás me hubiera ocurrido esta idea, á pesar de ocurrirme ideas espantosas. Baja el cuchillo! Espera, Genaro, que tengo que hablarte.

GEN. Pues pronto.

LUC. Suelta ese cuchillo, infeliz! ¡Si supieras!... Genaro, ni presumes ni sabes quién eres ni quién soy yo. Ignoras que corre por nuestras venas la misma sangre, y que tu padre fué Juan Borgia, duque de Gandía.

GEN. Vuestro hermano! Entonces soy sobrino vuestro...

LUC. (Sobrino!)

GEN. ¡Mi madre fué entonces la desventurada duquesa de Gandía, que los Borgias hicieron tan desgraciada! Mi madre me habla de vos en sus cartas, contándoos en el número de los parientes desnaturalizados que mataron á mi padre. Ahora, además del objeto de vengar á mi padre, me impulsa el motivo de salvar á mi madre de vuestro poder. Sois mi tía y yo soy un Borgia! ¡Voy á perder la razón! Habeis vivido mucho tiempo, y vuestra vida, que es un tejido de crímenes, debe pareceros odiosa y abominable; estareis cansada de vivir; pues bien, morireis. En familias como las nuestras, en las que el crimen es hereditario y pasa de padres á hijos, como el nombre y el patrimonio, esta fatalidad termina comunmente con un asesinato, con un asesinato de familia, último crimen que venga todos los anteriores. Por eso nunca se vitupera al hombre ilustre que corta una rama podrida del árbol de su linaje. El español Mudarra mató á su tío Rodrigo de Larra por menos de lo que vos habeis hecho, y le alaba la posteridad por haber muerto á su tío. Conque... encomendad vuestra alma á Dios, si creéis en él.

LUC. ¡Genaro, ten compasión de tí

mismo! Eres inocente aun y no debes cometer un crimen.

GEN. Mi cabeza se trastorna y se extravía. Mataros es cometer un crimen? Pues aunque lo sea le cometeré, porque soy un Borgia. Arrodiillaos, arrodiillaos.

LUC. Genaro, vuelve en tí! ¿Así pagas el inmenso cariño que te profesos?

GEN. Cariño!...

LUC. Voy á salvarte de tí mismo; voy á llamar, voy á pedir socorro.

GEN. No abrireis esa puerta, y aunque diérais voces tampoco os salvariais. Acabais de mandar que no entre nadie aquí, suceda lo que suceda.

LUC. Genaro, no serás capaz de la cobardía de matar á una mujer que no puede defenderse, no. Tus sentimientos son más nobles. Escúchame, que despues me matarás si quieres. No me halaga vivir, pero antes quiero desahogar el corazón que has angustiado al tratarme de este modo. Eres joven todavía, y la juventud es demasiado severa. Por último, si he de morir, no quiero que tú me mates; es imposible que yo muera por tu mano; eso seria horroroso! Conozco por otra parte que no ha llegado aun mi hora. He cometido acciones perversas, he sido malvada, pero se me debe dejar tiempo para que me reconozca y para que me arrepienta.

GEN. Sois hermana de mi padre; decidme, dónde está mi madre?

LUC. Dios mío! No puedo decírtelo todo, porque si te lo dijera, quizás me mirarias con más desprecio y con más horror. Quisiera que me dejases arrodiillarme á tus piés y demostrarte mi arrepentimiento. Me perdonarás la vida? Quieres que me encierre en un claustro? Si te dijeran: Esa miserable mujer se ha cortado el cabello, duerme sobre ceniza, pasa los dias y las noches en la oración rogando á Dios, no por ella, que lo necesita, sino por tí, para que seas dichoso y para que la perdones; si te dijeran todo esto, Genaro, podrias rechazarme? ¡Perdóname, Genaro, y no me mates! Vivamos los dos, tú para perdonarme y yo para arrepentirme. Compadécete de mí. ¿Por qué no has de tratar con misericordia á la miserable mujer que te pide que la compadezcas? Te pido que me concedas la vida, porque te idolatro, porque cometerias la mayor de las infamias matándome y serias la víctima de un crimen espantoso. No, no lo cometerás.

GEN. Señora... (Conmovido.)

LUC. He conseguido tu perdón! ¡Lo

leo en tus ojos! ¡Déjame llorar postrada á tus piés!

UNA VOZ. (Desde fuera.) Genaro!

GEN. Quién me llama?

LA VOZ. Genaro, hermano mio!

GEN. Es Mafeo!

LA VOZ. Muero, pero véngame!

GEN. (Levantando el cuchillo.) Es muy justo; ya no oigo nada más.

LUC. (Defendiéndose y deteniéndole el brazo.) ¡Perdóname! Perdóname!

GEN. No.

LUC. Escúchame!

GEN. No.

LUC. En nombre del cielo!

GEN. No. (La hiere.)

LUC. Ah!... Me has muerto!... ¡Genaro, soy tu madre!

FIN DE LUCRECIA BORGIA.



MARÍA TUDOR

DRAMA EN TRES JORNADAS

PREFACIO



Hay dos maneras de apasionar al público en el teatro: por lo grandioso y por lo verdadero. Lo grandioso conmueve á las masas y lo verdadero al individuo.

El objeto del poeta dramático, bajo cualquier punto de vista que mire el arte, debe ser siempre conseguir lo grandioso como Corneille y lo verdadero como Moliere, ó un objeto más alto, que está en la cumbre á donde puede remontarse el génio; esto es, conseguir al mismo tiempo lo grandioso y lo verdadero, como lo ha logrado Shakespeare. Lo que constituye lo soberanía del génio de Shakespeare es la facultad de que estaba dotado, de conciliar, de unir y de amalgamar incesantemente en sus obras la verdad y la grandeza, cualidades casi opuestas, ó por lo menos tan distintas, que el defecto de cada una de ellas constituye el contrario de la otra. El escollo de lo verdadero es la pequeñez, y el escollo de lo grandioso es lo falso. En todas las obras de Shakespeare se encuentra lo grandioso verdadero y lo verdadero grandioso. En todas sus creaciones se distingue el punto de interseccion de la grandeza y de la verdad, y en las partes en que lo

verdadero y lo grandioso se entrecruzan, el arte está completo. Shakespeare y Miguel Angel parece que hayan sido creados para resolver este extraño problema, cuya simple enunciacion parece absurda: permanecer siempre dentro de la naturaleza, saliendo algunas veces de ella. Shakespeare exagera las proporciones, pero mantiene las relaciones. Admirable poder del poeta! Consigue que las cosas más elevadas que nosotros vivan como nosotros. Hamlet, por ejemplo, es tan verdadero como nosotros y mucho más grandioso; es colosal, y sin embargo, es real; porque Hamlet no es nadie y es todos; Hamlet no es un hombre, es el hombre en general.

Sacar perpétuamente lo grandioso de lo verdadero y lo verdadero de lo grandioso es el objeto del poeta en el teatro. Las dos palabras *grandioso* y *verdadero* encierran todo su objeto. La verdad contiene la moralidad y la grandeza lo bello.

No se le supondrá al autor de este drama que abrigue la presuncion de creer haber conseguido este objeto ó de poder conseguirlo, pero sí que se le debe hacer la justicia de creer que hasta hoy ha buscado siempre en el teatro el modo de alcanzarle. Este drama que acaba de dar